

## **Comunicación y política**

### **Ignacio Martínez**

Quisiera empezar este trabajo, haciendo referencia a un autor, que para mí, fue uno de los grandes innovadores en el campo de la comunicación y la psicología del siglo pasado, Paul Watzlawick. Para este psicólogo austríaco, que había sido profundamente influenciado por las ideas de la cibernética, la realidad individual, que no es otra cosa más que el relato de vida que se construye cada ser humano, puede ser asimilable a un sistema, al igual que mucho de los sistemas que existen en la naturaleza. El ejemplo más cercano a nosotros, en ese sentido, es el cuerpo humano. En efecto, este último es un sistema biológico que funciona en equilibrio, un equilibrio al que los biólogos denominan, homeostasis. A su vez, lo propio del cuerpo humano es que, frente la aparición de un agente externo, como por ejemplo, un virus, una bacteria o una lesión, tiene la capacidad de desarrollar resistencias que permiten mantener ese estado equilibrio, que a su vez, lo define. Para Watzlawick, si extrapolamos este concepto de sistema biológico al del ser humano, y más particularmente al de su realidad individual, esto equivale a decir, en cierto modo, que ese relato que nos construimos para vivir, también es estable en el tiempo, porque tiende, mediante determinadas resistencias, como por ejemplo, los sesgos cognitivos o las distorsiones de percepción, a ser preservado de toda posible refutación. Pero, ¿de qué se constituye ese sistema? Para explicarlo de forma simple, ese sistema o realidad individual vendría a ser el punto de vista frente al cual el sujeto se posiciona frente a los demás, y de una más general, frente al mundo, y el sistema de valores de éste. A su vez, es importante decir que ese punto de vista está relacionado con la experiencia propia del sujeto, el relato colectivo en el que está inscripto, como el de su familia, o el de su entorno, y que, por lo tanto, definen también su identidad, y su núcleo de relaciones vinculares. Es, en cierto modo, la tierra firme sobre la que pisa para vivir y actuar sobre el mundo.

Tratemos de bajar este concepto a tierra. En efecto, podríamos decir de una manera general que los sistemas de valoración social de una determinada sociedad tienen dos características: por un lado, están los valores, que suelen ser similares de una sociedad a otra, y por el otro, los atributos que definen esos valores, los cuales suelen ser variables cuando comparamos una cultura con otra. Es decir que, por ejemplo, en Francia, el éxito está asociado al acceso a determinadas instituciones educativas de elite, ya que allí se forman las clases dominantes, mientras que ese acceso a la educación, en Estados Unidos, por ejemplo, no pareciera una condición excluyente de éxito, siendo ésta más bien encarnada en la imagen del pionero. Es decir, que la valoración social del individuo se define mediante a la obtención de dos aspectos, uno más estrictamente material, es decir el ingreso y la obtención de determinados bienes económicos o de consumo, pero otro más bien simbólico, que quizá sea más importante que el primero, que se refiere entre otras cosas al manejo del lenguaje, los modos y las costumbres. Asimismo, las clases dominantes tienen tendencia a construir la diferenciación social sobre la base de lo que es de posesión exclusiva

de ellas, insisto ya no sobre la base de lo estrictamente económico, sino principalmente desde lo simbólico, a saber el lenguaje, las relaciones, lo que Bourdieu denomina el capital cultural. Es decir que, para sostener su legitimidad en esa posición de dominación, estas clases tienen tendencia a resignificar los atributos que definen a los valores, de tal forma a sostener su poder simbólico, que explica al resto de los miembros de la sociedad, que más allá de una cuestión patrimonial, hay razones bien fundadas para explicar por qué ellos están al tope de la sociedad, razones que son legítimas, y que explicarían en ellos argumentos bien fundadas para aceptar esa sumisión a la autoridad que encarnan.

Esto es algo muy importante por lo que genera en el resto del cuerpo social. Efectivamente, los individuos se ordenan, según su proximidad o lejanía a esos atributos tangibles (el ingreso o el patrimonio) o simbólicos (lenguaje, relaciones, medio), lo cual les hace tomar consciencia de sus carencias en ese sistema de valor, lo que a su vez, se va a transformar en sus deseos futuros. Por ejemplo, podemos citar el ejemplo de una persona que decide abandonar su barrio de toda la vida, para irse a vivir a otro barrio de mayor renombre, o que decide mandar a su hijo a un colegio de determinado perfil social superior al suyo, esperando que su hijo tenga una vinculación con sectores a los que él no ha podido acceder. Es preciso destacar entonces que las aspiraciones y deseos derivan de la percepción de la situación simbólica y material en la que se encuentra cada individuo. Inversamente, es posible distinguir a una persona según su medio, por el manejo de ese capital simbólico. Por ejemplo, en las organizaciones empresariales, aquellos empleados que presentan quejas, suelen ser catalogados de conflictivos o piqueteros, dejando trascender de alguna forma un presunto origen bajo. Mientras que es de gente de buen origen no hacer públicas las diferencias. Claramente, vemos en este caso como la valoración social se construye sobre la base de preservar el status quo del poder dominante. Resulta claro entonces cómo el lenguaje simbólico no sólo se refiere al formato del lenguaje como su entonación o dicción, sino principalmente su contenido, es decir lo que se puede expresar y lo que no se puede expresar.

A su vez, es importante también notar que esos grupos identitarios desarrollan a su vez sus propios sub-valores que les permiten de alguna encontrar alguna explicación de su distancia con relación a ese ideal social. Por ejemplo, es interesante ver cómo la moral, por ejemplo, tiene diferentes acepciones según las clases. Mientras para las clases altas, la moral es la justificación de llevar adelante un acto cuestionable bajo el pretexto de hacer lo correcto, lo que se debía, o lo que se podía, en las clases medias, la moral obra de justificación de por qué no se pudo llegar más alto en la valoración social, "siempre hizo todo por derecha", por ejemplo, construyendo de esa forma un discurso dicotómico según el cual quien está en la cúspide lo logró por razones naturales y legítimas, quien logró ascender lo hizo por causas de dudosa moral y los que se quedaron en el mismo lugar lo hicieron porque no quisieron, según ese relato, transgredir determinados principios de ética.

De igual forma, se establece el discurso del sacrificio o del sufrimiento como otro eje central del discurso de valores. Si la moral aporta la justificación teórica de por qué no subieron, y marca por lo tanto, la frontera superior de su pertenencia a un grupo social e identitario determinado, el discurso del sacrificio, en las capas medias, define de alguna forma la frontera inferior de la pertenencia de este grupo, es decir lo que la desidentifica de las capas más relegadas de la sociedad. En ese sentido, es común ver o escuchar en estas capas, el discurso según el cual, a los miembros de esta clase, a diferencia de los pobres, nunca nadie los habría ayudado y todo lo logrado habría sido el propio sacrificio. La asistencia social cobra acá, como podemos ver, la apariencia de una inmoralidad, relacionada aquí a una cierta pereza, a un aprovecharse en esa construcción del esfuerzo del otro, que no tuvo la suerte de tener los méritos naturales de quien está en la cúspide social, pero que no ha querido, según ese discurso, tampoco ceder a la inmoralidad de subir a cualquier precio.

Volviendo a Paul Watzlawick, esta construcción de sub-valores dentro de un grupo social determinado, en este caso, las capas medias, constituye de alguna forma el sistema de realidad individual, la forma a través de la cual se entienden a sí mismos, a los demás y al mundo. Siguiendo con la lógica de este mismo autor, hay otro concepto muy interesante que agrega: las dos dimensiones de la realidad. En efecto, para él existe una realidad de primer orden, es decir el hecho específico, y una realidad de segundo orden, que correspondería a las interpretaciones que nos damos de ese hecho específico. Si bien es posible que todos veamos el mismo hecho, las interpretaciones que haremos del mismo, dependen de nuestra posición subjetiva, es decir de nuestra realidad individual, y por lo tanto de nuestras pertenencias, y de los valores que definen a nuestro grupo. En ese sentido, no importan los hechos, ya que siempre tenderemos a falsear la realidad de alguna forma, para ver sólo lo que nos confirme a nosotros y a las creencias de nuestro sistema de realidad individual, por medio de los sesgos cognitivos, que la psicología cognitiva, estudió en detalle.

Este último punto, me parece, constituyó la gran revolución en la política de los últimos años. Efectivamente, si nosotros nos remitimos a las definiciones tradicionales de la política, deberíamos concebir la política como la representación del interés de un grupo. En ese sentido, tradicionalmente, se concebía la política como la oposición de partidos con ideologías distintas, cada una de ellas representaba el interés de un colectivo determinado. La novedad de los últimos años reside en que las posiciones simbólicas y materiales dentro de una escala social se han hecho tan numerosas que el concepto de clase social ha desaparecido. Los individuos ya no se quieren sentir formando parte de un colectivo, situación que podría etiquetarlos, por más de que puedan compartir con otros una misma situación patrimonial o de ingreso. Las diferencias simbólicas son mucho más importantes que las materiales, y esto se debe a que si la diferenciación social es simbólica, la posibilidad del individuo de saciarse es imposible, y de esta forma permanece condenado a vivir en estado de carencia, lo cual sostiene también la dinámica económica y el equilibrio de poder, porque siempre es posible resignificar aquello a lo que antes se le daba valor, para

desvalorizarlo o invisibilizarlo cuando supone una amenaza al propio poder simbólico.

En esa perspectiva, donde lo simbólico pasó a ocupar un rol tan significativo, aunque nunca completamente diferenciado de lo material, ya es necesario tener en cuenta que hay tantas clases sociales como imaginemos, y por lo tanto la tradicional representación política ha desaparecido. Los primeros en haber entendido esta dinámica han sido los partidos de derecha, que necesitados de segmentos del electorado más amplios para acceder al poder innovaron al haber invertido el sentido de la representación política. Efectivamente, la gran novedad de los últimos tiempos es que estos partidos han logrado defender sus propios intereses minoritarios apropiándose de las representaciones simbólicas de amplios segmentos de la población. Es decir que, para justificar tal vez, políticas que vayan en contra de los intereses de sus representados, estos partidos recurren al relato o a los valores de esos propios segmentos del electorado. Justifican un ajuste en nombre del sacrificio o del esfuerzo que son tan necesarios en la vida para avanzar, o explican un fracaso económico en nombre de un presunto saqueo (el argumento moral), o del abuso de las clases pobres de vivir, por ejemplo, del asistencialismo del Estado (el argumento de la falta de sacrificio). Dicho en otros términos, la derecha ha logrado llegar a una transacción con amplios sectores de la antigua clase media, y hasta de la vieja clase popular, en la que se preservan los intereses de las clases dominantes, y a cambio de esto, estos segmentos se ven reforzados en sus valores y su visión del mundo. La derecha sacia de esta forma no una demanda material de este electorado, pero sí, una demanda simbólica, que consiste en que le garanticen la preservación de la realidad como ellos la entienden. Pero ahora bien, ¿por qué algo así sería tan importante?

Al inicio, mencionamos que la realidad individual, es decir la subjetividad, no sólo es una forma de ver al mundo, sino que principalmente, es una forma de identidad. Sobre este punto, quisiera ser un poco más preciso, y me voy a ver en la obligación de definir el concepto de identidad, de la forma más sencilla posible, es decir recurriendo a la forma matemática. Para esta disciplina, el principio de identidad significa que dos entidades son iguales. De hecho, no es poco común que los vínculos tengan que ver con la idea de tener cosas en común. Perder la realidad, en el sentido de ver cuestionados sus valores, implica en cierta forma, poner en riesgo los vínculos que tienen la persona: la imagen fantasmagórica, de ese padre, honesto y sacrificado, o de esa madre, pero también, perder las explicaciones que muchas veces nos hicimos para decir que algo no se podía alcanzar. El problema es que esas explicaciones muchas veces son sostenidas años, y el descubrimiento mismo de que no son verdaderas expone al individuo a la sensación vacío. Vacío en los vínculos, vacío en el tiempo vivido. Cuestionarle a una persona su realidad equivale a exponerla a una auténtica sensación de angustia relacionada a ese vacío.

Como mencionamos con anterioridad, al recurrir a Watzlawick, la realidad individual es como un sistema, comparable al cuerpo humano, en el cual existen anticuerpos o resistencias que permiten neutralizar eventuales amenazas que

impidan la continuidad de esta realidad. Si buscamos cuestionar esa visión del mundo, por más de que tengamos todos los medios de comunicación para difundir nuestras ideas, el resultado es que no haremos más que reforzarlas, como explica Giorgio Nardone, discípulo de Watzlawick. Este último, psicólogo también como su mentor, indaga en las causas de las crisis individuales, y señala que cuando el sistema de creencias entra en abierta contradicción con la realidad que nos toca vivir, sobreviene la crisis. Nardone señala también que, cuando la misma sobreviene, la solución lógica que debería hacer cualquier sujeto, es adaptar sus creencias a la nueva realidad. Sin embargo, lo que suele suceder no es eso, sino lo contrario. Frente a crisis, los individuos suelen reforzar sus antiguas creencias y es simple entender por qué. Si la crisis pone en juego su visión del mundo, su realidad, sus vínculos, es lógico que el individuo busque reforzando su identidad, sus valores, preservar todo su universo simbólico que dio sentido a su existencia así como sus vínculos. No es, por lo tanto sorprendente que, a las grandes crisis económicas, sobrevengan los discursos anti-pobre y anti-inmigrante así como los discursos de moralización de la vida política.

Me parece muy importante decir que creer que una pésima performance económica del gobierno puede allanarnos directamente el camino al gobierno, es un gran error. Por el contrario, puede generar una exacerbación de determinados discursos. Como bien lo señaló Daniel Filmus, durante el seminario, en ocasión de las elecciones de 2003, el campo liberal responsable de la peor crisis económica que había sucedido en el país fue elegido entre las diferentes opciones políticas por cerca del 70%. De tal forma que no es inusual que esos comportamientos ilógicos sobrevengan a grandes crisis, pues las elecciones en política ya no se hacen sobre realidades de primer orden, es decir realidades tangibles como el aumento del desempleo o de la pobreza, sino sobre realidades de segundo orden, como dijimos interpretaciones que refuerzan nuestro sistema de creencias. Por ende, frente a una situación objetiva que nos perjudique, siempre podremos falsear la realidad, para preservar nuestra visión del mundo.

Resumiendo las líneas anteriores, la política como representación de intereses ha muerto y la dimensión simbólica se ha convertido en algo central de la demanda política haciendo que, incluso, un elector pueda votar en contra de sus intereses, por sostener una cierta imagen del mundo. Hay un vaciamiento de la política en su terreno fáctico. En ese contexto, a priori tan pesimista, ¿qué queda para nuestro espacio?

Usando siempre a Watzlawick, como referencia, si la realidad individual es como un sistema con anticuerpos que luchan contra los elementos que la pretendan refutar, preguntémonos cómo el kircherismo supuso un elemento cuestionador de la identidad de muchas personas.

En primer lugar, desde el concepto de autoridad. Pensemos que la autoridad es quien encarna los valores sociales. Por lo tanto, hay una aceptación de sumisión a la autoridad sólo si esta percibida como superior. La autoridad tiene algo que el que se somete nunca tendrá. Este es el principio de la sumisión. Y esa autoridad,

se ejerce como mencionamos con una serie de atributos que los individuos consideran propios del poder, una dimensión simbólica, como dijimos, cuyo primer atributo es la distancia. Si el poder puede ser ejercido por cualquiera, ¿qué pasa con la imagen del mundo que el sujeto se construye?

Es importante ver acá que significa “cualquiera”. “Cualquiera” entonces es alguien que no cumple con esos parámetros simbólicos, alguien, a quien por definición percibiría como inferior, por su estética, es decir su uso de lenguaje o su presentación personal. El poder es una estética, antes que nada. Como el poder es superior a uno, uno se siente degradado frente a ese poder, cuya actitud esperable es que me desprecie. Sin embargo, el poder encarnado por la derecha moderna, quiere encarnarse con la sonrisa. Es decir, puede darle una concesión ínfima en términos de consideración a ese sometido.

En segundo lugar, desde la perspectiva material. La transformación social generada durante nuestro gobierno puso en riesgo antiguas categorías mentales. Desde el acceso de personas que no se habían “sacrificado” lo suficiente para tener una jubilación, hasta aquellos que se encontraban cobrando un buen ingreso a pesar de no haberse “sacrificado” lo suficiente para tener un título universitario o reunir las condiciones que se creía que tenía que tener una persona para acceder a los bienes simbólicos que dan un cierto status. Esto generó en sectores amplios de la población, un elemento disruptivo en sus sistemas de valores.

De esa forma, esa experiencia política que venía a poner en riesgo esa “realidad individual”, necesariamente encarnó para esos electores “El Mal”, del cual se deprendió necesariamente que los dirigentes que participaban del mismo eran culpables, a lo que el poder sació posteriormente con un sustrato material, que transformaría esa culpa en condena, con la ayuda de los medios de comunicación, y por supuesto también para velar por sus propios simpatizantes. En ese marco, quienes simpatizaban con esos culpables, serían necesariamente sospechosos (“lo decís porque sos kirchnerista”). Nuevamente, el terreno fáctico, la prueba acusatoria es irrelevante, y sólo está al servicio del sostenimiento de la realidad individual, y por lo tanto de neutralizar la angustia, cuyo cuestionamiento genera.

Si el terreno fáctico murió, si la derecha encarna las representaciones simbólicas de la gente, ¿cuál es el destino de lo nacional y popular en ese campo?

Claramente, no estamos frente a un problema de estética. No se trata de cambiar la nuestra. El problema como dijimos se da a nivel simbólico. Como mencionamos anteriormente, no alcanza, y por el contrario, no conviene anclarlos sobre lo fáctico, terreno tan fácil de ser resignificado por la derecha. Tampoco se trata de atacar ese nivel simbólico de creencias lo cual contribuye a su refuerzo. De tal forma que pensar las elecciones en la polarización, en un contexto de degradación económica es un riesgo sustancial. Tampoco se trata del canal de comunicación, si son las redes o los medios. Ningún tipo de medio reemplaza al mensaje.

Si la muerte de lo fáctico, implica que la consciencia de clase ha desaparecido, la emergencia de lo simbólico, como elemento central, plantea la creciente presión del individuo por pertenecer, y por lo tanto, del deber ser. A eso, ese nivel simbólico solo puede contraponérsele, el nivel emocional, que es el nivel del ser. Mientras que el nivel simbólico, le habla un grupo determinado, el nivel emocional, busca hablarle al individuo sin intermediaciones, y más que hablarle, busca expresarlo, en sus miedos, frustraciones, ganas. Mientras que en el simbólico prima como criterio de decisión el miedo, principalmente el miedo a dejar de ser, dejando de pertenecer, el nivel emocional debe expresar el deseo del individuo por ser.

Me gustaría hacer un desvío para hablar de otra representación que no es la política, sino que es la artística. En el arte, una representación artística buena no es una representación de un artista cotizado, o de un pictórico determinado, una representación artística buena es una representación que logra emocionar. En efecto, la emoción no depende de la pertenencia a un grupo social, ni depende de tener un conocimiento pictórico o musical, ni responde al mérito, ni busca convencer. Es buena porque algo de eso que expresa nos está expresando a nosotros mismos.

El destino del progresismo es expresar a ese individuo que quiere ser y no puede ser, en línea con mucho de los fenómenos sociales que se expresan hoy en día, como la generación millennial. Para eso, no tenemos que buscar una argumentación sólida, una fundamentación teórica buena, o un contexto económico favorable a nuestras ideas, por el contrario, necesitamos simplemente expresar. Es decir, abandonar nuestros conceptos ideológicos que generan distancia con el electorado y buscar la universalidad en el mensaje, que es dejar de hablarle a un colectivo, como los trabajadores, porque mucha gente no se siente identificada en una etiqueta, hablarle a cada persona, y esto significa crear identificaciones. Por ejemplo, si ejercemos un eje de comunicación en el desempleo o la pobreza, será difícil generar identificación si la persona no padece ninguno de esos aspectos fácticos o no tiene una ideología similar a la nuestra. Y como vimos, incluso si padeciera alguno de esos males, el relato que se puede construir, podría incluso atribuirnos la responsabilidad de eso.

**La construcción de un nuevo mensaje, potente, que vaya al individuo y no a un colectivo, es un factor clave y táctico en ese contexto.**

Sin embargo, no quisiera cerrar esta reflexión sin dar un ejemplo de lo que sería una construcción de este tipo. Algunos elementos hacen pensar que el escenario electoral va a estar contaminado con los procesos judiciales de forma intencionada, para instalar en el centro de la escena el tema de la corrupción, como explicación de la situación económica, limitando también el potencial de crecimiento de Cristina. El tema de la libertad de Cristina va a ser un eje en la campaña. Es un tema desde lo fáctico complicado, que obliga a desarrollar una campaña bajo la égida de la agenda que construye el propio gobierno, controlando los poderes públicos que pueden hacer. Es ahí donde, por ejemplo, tenemos una

gran oportunidad. Porque lo que se elige en el país el año próximo tiene mucho que ver con la libertad. La libertad de elegir si quiero desarrollar mi propio negocio, cambiarme de empresa, o seguir en la que estoy, o estar condenado a bajar la cabeza y aceptar seguir donde estoy a regañadientes. La libertad de poder probar mi potencial en donde yo quiera y no estar condenado a hacer lo que otro quiere de mí. La libertad de poder ser quien soy (inclusión) y no de tener que ser alguien. Esto es a modo de ejemplo.

En definitiva, a mi entender, **la política debe tener dos niveles hoy:**

**1) expresar la cotidianidad de las personas y sus emociones**

**2) identificar ese mensaje con quien lo expresa**

Sólo así podemos generar un mensaje que sea potente como el de una obra de arte, y que movilice tanto como una obra de arte.

¡Hay que ponerse manos a la obra!